



TALLER DE SUBJETIVIDAD DEL MAESTRO

DESARROLLO DE HABILIDADES SOCIOEMOCIONALES EN LA INTERACCIÓN CON PARES

DESARROLLO DE HABILIDADES SOCIOEMOCIONALES EN LA INTERACCIÓN CON PARES

¿Cómo aprende un niño a ponerse en el lugar del otro? ¿De qué manera adquiere la capacidad de manejar sus emociones ante un conflicto? Las respuestas a estas preguntas nos conducen directamente al corazón del desarrollo socioemocional infantil. Y es que, más allá de los contenidos académicos o de los logros escolares, lo que verdaderamente prepara a un niño para la vida es su capacidad de reconocer, expresar, comprender y regular sus emociones, así como establecer vínculos afectivos significativos con los demás.



Las interacciones con los pares se configuran como uno de los espacios más ricos y potentes para el desarrollo de estas habilidades. Cuando un niño se relaciona con otros niños de su misma edad, tiene la oportunidad de experimentar una amplia gama de emociones: alegría al compartir un juego, frustración ante una pérdida, tristeza al sentirse excluido, o enojo ante un malentendido. Lejos de ser situaciones problemáticas, estos momentos representan oportunidades valiosas para el aprendizaje emocional.

Las habilidades socioemocionales son esenciales para el desarrollo integral de los individuos, dado que constituyen un conjunto de capacidades que permiten gestionar las emociones, establecer relaciones interpersonales saludables, tomar decisiones adecuadas y resolver conflictos de manera eficaz. Según el Collaborative for Academic, Social, and Emotional Learning (CASEL, 2020), estas habilidades son la base para el bienestar personal y social, y su adquisición permite a los niños y adultos, interactuar de forma responsable y consciente en su entorno. Estas habilidades incluyen la autoconsciencia emocional, la autorregulación, la competencia social, la toma de decisiones responsable y la resolución efectiva de conflictos.

El proceso de desarrollo de estas competencias no ocurre de manera automática ni en un espacio aislado. Requiere, más bien, de experiencias vivenciales, modelos de referencia en el entorno cercano, acompañamiento afectivo y espacios concretos, donde los niños puedan poner en práctica lo aprendido. Es decir, las habilidades socioemocionales no se enseñan únicamente a través de discursos o teorías, sino que se adquieren mediante la vivencia diaria y la interacción con los demás.

Según Booth (2018), la infancia es una etapa crucial para el desarrollo de estas habilidades, puesto que es en estos primeros años cuando se establece la base para el manejo emocional y la formación de relaciones interpersonales saludables. En este período de la vida, los niños están en constante interacción con sus pares, profesores, familiares y otros adultos, lo que les proporciona múltiples oportunidades para aprender a gestionar sus emociones y desarrollar sus capacidades sociales.

Es en el escenario escolar donde las habilidades socioemocionales adquieren una gran relevancia. La escuela, más allá de ser un espacio de aprendizaje académico, es un entorno social en el que los niños aprenden a compartir, colaborar, resolver conflictos, expresar sus emociones y construir vínculos con los demás. Los docentes desempeñan un papel fundamental en este proceso, porque tienen la oportunidad de ser modelos emocionales para los estudiantes, promoviendo una educación que valore y fomente

la expresión emocional y la empatía. Los educadores pueden facilitar el desarrollo de estas competencias creando ambientes que inviten a la reflexión, a la resolución de conflictos de forma pacífica y al fortalecimiento de la autoestima (Fuentes, 2024).

Además, las comunidades también juegan un papel crucial en la promoción de las habilidades socioemocionales. En la interacción con los miembros de la comunidad, los niños tienen la oportunidad de comprender y valorar las emociones y las realidades de otras personas, lo que les ayuda a desarrollar una visión empática y una conciencia social. Los espacios comunitarios, como actividades extracurriculares, eventos culturales o de voluntariado, pueden ser igualmente relevantes para que los niños aprendan a colaborar, resolver disputas y cuidar de los demás, desarrollando así una competencia emocional que va más allá de la escuela.



Las experiencias de vida de cada niño, influyen directamente en su capacidad para desarrollar estas habilidades. La forma en que los niños aprenden a gestionar las emociones está profundamente conectada con las experiencias vividas en su entorno familiar, escolar y comunitario. Por ejemplo, si un niño crece en un entorno en el que se modela la autorregulación y se valora el diálogo para la resolución de conflictos, es más probable que adquiera estas competencias. De igual forma, si un niño enfrenta situaciones conflictivas o desafíos emocionales sin un acompañamiento adecuado, puede tener dificultades para desarrollar la capacidad de manejar sus emociones de forma saludable.

La escuela, por lo tanto, debe ser vista como un espacio formativo no solo en lo académico, sino también como un lugar donde los niños puedan poner en práctica lo que aprenden sobre las emociones y las relaciones interpersonales. Por ejemplo, actividades como la resolución de conflictos en grupos de trabajo, el diálogo respetuoso durante debates o el trabajo en equipo, en proyectos conjuntos, proporcionan escenarios ideales para practicar estas habilidades.

En las interacciones con los compañeros, los niños no solo aprenden a reconocer sus propias emociones, sino también a identificar cómo estas afectan a los demás. Este proceso de conciencia emocional es crucial, debido a que abre el camino para el desarrollo de la empatía: la capacidad de comprender y compartir los sentimientos del otro. La empatía les permite actuar de manera más considerada y respetuosa, promoviendo una convivencia social más armónica. A través de momentos cotidianos como el juego, los niños aprenden a regular sus emociones, especialmente cuando deben esperar su turno, aceptar una derrota o negociar reglas con otros. En estas situaciones, ejercitan la paciencia, la flexibilidad y la tolerancia, lo que refuerza su inteligencia emocional.

Además, a través del juego compartido, los niños aprenden a regular sus emociones. Por ejemplo, cuando deben esperar su turno, aceptar una derrota o negociar reglas con otros, están ejercitando el control emocional, la paciencia, la tolerancia y la flexibilidad cognitiva. En este sentido, el juego libre, el juego simbólico y los juegos cooperativos se constituyen como herramientas pedagógicas esenciales para fortalecer la inteligencia emocional desde edades tempranas.

Según Bisquerra (2012), la educación emocional tiene como propósito fundamental "el desarrollo de competencias emocionales como parte del desarrollo integral de la persona" (p. 17). Entre estas competencias se incluyen la conciencia emocional, la

regulación emocional, la autonomía emocional, la competencia social y las habilidades de vida y bienestar. Las relaciones con los pares, en tanto espacios horizontales de interacción, permiten ejercitar todas estas dimensiones.

Por otra parte, el papel del adulto, especialmente del docente o cuidador, es fundamental en este proceso. El adulto no solo actúa como guía o mediador, sino también como modelo de comportamiento emocional. Cuando un niño observa a su docente manejar una situación de conflicto con calma, utilizar un lenguaje emocional adecuado o validar los sentimientos de otro, está internalizando una forma de relacionarse con sus propias emociones y con las de los demás.

Además, el educador tiene la responsabilidad de crear espacios pedagógicos seguros, afectivos y emocionalmente nutritivos. Esto implica fomentar la cooperación, promover la resolución pacífica de conflictos, facilitar el diálogo y validar emocionalmente a cada niño. En palabras de Goleman (1995), “los niños aprenden más por lo que ven que por lo que se les dice; las emociones se contagian” (p. 58). Por eso, la coherencia emocional del adulto es una herramienta pedagógica silenciosa pero poderosa.

Es importante reconocer también que las emociones no se viven ni se expresan de la misma forma en todos los contextos culturales. Cada cultura establece normas sobre qué emociones son apropiadas, cómo deben mostrarse y en qué situaciones. Por ejemplo, en algunas culturas es común expresar abiertamente la felicidad o el enojo, mientras que en otras se valora la contención emocional. En consecuencia, los niños aprenden a regular sus emociones en función de las expectativas culturales que los rodean.

Comprender la influencia del contexto sociocultural en el desarrollo emocional permite evitar juicios erróneos y fomentar un enfoque más inclusivo y respetuoso de la diversidad emocional. La escuela, como espacio de encuentro intercultural, debe considerar estas diferencias y adaptar sus estrategias de educación emocional a la realidad de cada niño o niña.



Por tanto, cada interacción entre pares, cada juego compartido, cada discusión o reconciliación, no es un simple episodio de la rutina escolar, sino una verdadera oportunidad pedagógica para el fortalecimiento de la inteligencia emocional. Al intervenir de manera consciente y empática, el adulto puede ayudar a transformar cada experiencia en un aprendizaje significativo y duradero.

Al concluir este recorrido, se espera que se logre identificar y valorar la relevancia de las relaciones afectivas con los pares como un pilar en el desarrollo socioemocional de los niños. Asimismo, se busca que puedan aplicar estrategias concretas para fomentar una convivencia escolar emocionalmente saludable, donde las emociones se reconozcan, se respeten y se transformen positivamente. Porque en cada interacción entre compañeros se encuentra una oportunidad para formar no solo mentes brillantes, sino corazones empáticos y resilientes.